

Señor obispo; señor alcalde; señor presidente de la Junta de Cofradías; autoridades civiles, religiosas y militares; hermanos cofrades, familiares, amigos y amantes de la Semana Santa: mi saludo de Paz y Bien.

Se hizo tarde preparando la corona de Adviento, se hizo tarde. Para quien se pone bajo la mirada sencilla de la Virgen de los Llanos, nunca es tarde. La Señora de las sombras y la luz siempre espera a todos los que pasamos por la catedral, porque una madre no se cansa de esperar.

Me siento agradecido con las palabras que me dirigieron D. Juan Escobar, de La Dolorosa, y D. Antonio Martín, presidente de la Junta de Cofradías. En ellas, valoraban mi compromiso cofrade. Conseguí ilusionarme para pregonar a los cuatro vientos que vibran por las llanuras de Albacete el mensaje de Salvación de la Pasión, Muerte y Resurrección de Ntro. Sr. Jesucristo.

Era veinticinco de noviembre y, junto a la Patrona de Albacete, recibí la llamada: "Alégrate Pepe, eres el pregonero". Hoy, veinticinco de marzo, medito las palabras del Ángel Gabriel a la Virgen Nazarena: "Alégrate, María". No puede ser más emotivo para mí, que soy profundamente mariano, ofrecer este humilde pregón como un signo del Amor de Dios hacia este cofrade, que tuvo que responder como María: "Hágase tu voluntad".

Soy Pepe de Las Angustias, enamorado de la Virgen María.

La venero en las parroquias, ataviada con las mejores galas, puestas con el cariño de tantos corazones buenos que nos ayudan a rezar.

La venero en la gruta de Lourdes. La Virgen Blanca, que refresca mi fe cuando viajo desde las aguas mansas del Júcar hasta las aguas caudalosas del río Gave.

La venero en la capilla del recinto ferial, en medio de la fiesta, en el marco incomparable de nuestra feria.

La venero también en la capilla del cementerio municipal, entre lágrimas y despedidas.

Pero, sobre todo, y confinado en su corazón de Madre, la venero al pie de la cruz con Jesús muerto entre sus brazos. Allí le ofrezco lo que soy y lo que tengo, junto con mis dolores, angustias y amarguras, mis momentos de calvario, soledad y mayor dolor, esperando recibir de sus brazos abiertos la esperanza, y de su mirada reconciliadora, el perdón, la misericordia y el amor.

Allá por el año 1964 del Señor, mis padres colocaron una semilla de amor en este lugar de La Mancha albaceteña. En el lluvioso otoño, pintando de ocres y amarillos nuestros campos, nació yo.

Para recordar nuestras raíces, casi siempre es necesario mirar desde el corazón, ya que las lágrimas impiden ver a través de los ojos.

Los abuelos son transmisores de fe, cultura y tradición. Su enseñanza nos aporta una catequesis llena de sabiduría, ternura y amor. En el atardecer de sus vidas, la falta de salud y el cansancio hacen que descubramos en sus arrugas, y en sus ojos apagados, la verdad del Evangelio: gastarse la vida por los demás.

Si doy gracias a Dios por mi vida, estoy infinitamente agradecido a los que han conseguido que la planta de mi existencia nazca, crezca y florezca en el jardín de esta llanura.

El tutor principal de sujeción siempre serán mis padres. Con una mano enterrada, agarraré mi raíz fortalecida por el cariño de mis abuelos, y con la otra mano alzada buscaré cada mañana el Sol naciente para florecer junto a mis hermanos y sobrinos, que desprenden sobre mí el dulce polen del amor, para que todo el año sea primavera.

En la calle Tejares empezó a germinar la belleza de la fe vivida y compartida cada Viernes Santo, en la solemne procesión del Santo Entierro.

Con los primeros soles de marzo, con los aires despidiendo al invierno y con las vacaciones de Semana Santa, la calle se transformaba.

Largas cañas con brochas atadas acariciaban las fachadas, blanqueando sus rincones para recibir al Hombre-Dios, que con su sangre lavó nuestros errores.

Corazones cargados de alegrías y de penas buscando luz en la Virgen Macarena.

Carretillas de arena rellenando los baches para allanar el camino que recorría el 'carrico' de San Juan, anunciando con sus campanillas el entierro del Señor.

Bombillas en las paredes para iluminar el anochecer del viernes trágico al paso de Jesús, descendiendo de la cruz.

Colchas y mantones en las ventanas, como ofrenda hospitalaria, que sirvieran de sudarios para el Cuerpo del Redentor, que llegaba en brazos de su Madre, expuesta a la piedad de las gentes que su angustia consolaban.

Lutos y mantillas detrás de los visillos, llorando como la Virgen en el día de su mayor dolor. La amargura y soledad de los que marcharon algún día.

Penitentes con cadenas en los pies, descalzos cumpliendo sus promesas, y mariposas de aceite encendidas en los fogones.

Patios compartiendo moje y dulces, como acción de amor fraterno.

Como cada primavera, sacando punta al caramelo, se hacía más corta la espera, del callejón a Escolapios, a ver si por la farola venían ya los nazarenos.

Comenzó el período escolar. Era muy interesante la excursión que organizaban los profesores junto a D. José Baeza, sacerdote, todos los primeros viernes de mes para hacer la visita a la antigua Parroquia del Buen Pastor, situada en la casa Misericordia.

Una iglesia oscura que transmitía respeto, o más bien miedo, a un niño de cinco años. Un olor inolvidable a incienso perfumaba el templo.

Al pasar, una luz tenue te dirigía la mirada hacia su altar. Allí estaba Ella, la mujer enlutada, vestida como una monja, triste, pero sin lágrimas, impresionante. Sujetaba a un hombre entre sus brazos. Debía dolerle mucho la herida del costado sangrando. Tenía también agujeros en las manos y los pies, con sangre, pero menos, y eso me consolaba al creer que ya se estaban curando.

Mis conocimientos de Jesús y María solo alcanzaban a la enseñanza que mi padre nos explicaba al poner en mi casa un entrañable belén de barro, que encontró como un tesoro entre los escombros, en los portes que hacía con un carro y una mula para ganarse la vida.

Allí estaba Ella, la mujer del Puente Madera, la del rostro pálido. Mostraba a aquel hombre acunado en su pecho, pero me miraba a mí. Sentimientos encontrados de miedo y a la vez de ternura que hacían latir más rápido mi sensible corazón. Después de cada visita, con las enseñanzas tan interesantes de D. José y su sonriente despedida, la vuelta al cole y a esperar al mes siguiente para volverla a ver.

Un sueño maravilloso, pero todo sueño tiene un despertar. El primer viernes de mayo de 1973 volvimos a la parroquia, después de las vacaciones de Semana Santa. La triste sorpresa invadió mi alma de amargura. La imagen de aquella mujer, aquel hombre y la cruz en su espalda ya no estaba allí. ¿A quién, y por quién preguntaba, si ni siquiera sabía cómo se llamaba? Con mi pena a cuestas, así quedó la cosa.

Recuerdo con mucho cariño aquellos años. Mi manera de vivir la pasión, junto con mis hermanos, despertaba la búsqueda de la fe, observando cómo montaban los pasos de las cofradías de la catedral, donde nos recreábamos aquellos días. Cualquier detalle era una señal para entusiasmarnos por el seguimiento cofrade. La piedad popular iba calando poco a poco en nuestro corazón. Nos emocionaban las miradas suplicantes de amor y lágrimas de los creyentes que se ponían delante de algún trono.

Vivíamos ya en los pisos de la Huerta de marzo, mi querido barrio. Cualquier tela vieja, un palo con cabeza de muñeca y un cajón del pescadero eran suficientes para montar una carroza. Los botes de conservas servían de tambores para animar nuestra propia procesión. Así jugábamos, sintiéndonos nazarenos.

Mi buen amigo Manolín me invitó a su confirmación. La celebración era en una iglesia nueva del barrio del hospital. Al abrir la puerta, quedé felizmente sorprendido. No daba crédito a lo que mis ojos veían. Lo primero que salió de mi boca fue “¡ahí va, la Virgen! ¡Qué alegría! Es la

que se llevaron de la vieja iglesia del Puente Madera. ¡Es Ella, la del Buen Pastor!”. Lo conté a mis hermanos y descubrimos que se llamaba Ntra. Sra. de las Angustias. Por eso estaba allí. Era la imagen titular de esa nueva parroquia. Además, pertenecía a una cofradía de Semana Santa. Le prometí que, si algún día fuese nazareno, sería de Ella, mi Virgen: ahora sí, con nombre, María de las Angustias.

MI PASIÓN COFRADE

Siendo ya cofrade algún tiempo, la visita del hermano mayor de la Congregación-Cofradía, D. Ángel Espinosa, me convenció y acepté entrar como vocal en la junta directiva, aprovechando la ocasión para poner mi grano de arena en lo que tanto amaba.

Ser directivo de la hermandad me comprometía a colaborar en las actividades de la misma. Mi entusiasmo por las tareas de decoración y montaje de pasos me permitía recordar las manualidades que hacía de pequeño, elaborando tronos que no llegaban a ser maquetas, pero mis ojos los veían como obras de arte. Era entrañable ver reflejadas, entre los cristales de mi droguería, las miradas inocentes de los niños y los ojos cristalinos de tantos mayores, recreándose en las mini procesiones expuestas.

Gracias a aquella primera junta directiva por la acogida. Nunca olvidaré a mi buen amigo Francisco Villalba por las enseñanzas para poner el trono a punto desde el primer tornillo hasta la última flor, y así subir un rato al cielo en Viernes Santo a la Santísima Virgen de las Angustias. Gracias, Paco.

El fallecimiento de mi querido presidente despertó en mí el compromiso de coger las riendas de la hermandad. Respaldado por mis hermanos de junta. Empezamos a darle un aire más juvenil a la cofradía, sin perder nunca la esencia de nuestra historia. La presidencia me exigía pertenecer a la Junta de Cofradías, y fui cogiendo responsabilidades.

Algunos miembros del pleno ya me conocían. El decorado del pregón de 1995 llenó de emoción el auditorio municipal al contemplar la escena del calvario con la Virgen de las Angustias. Agradezco a D. Julián Campos, entonces presidente de la Junta de Cofradías, la confianza en mí para llevar a cabo aquella inolvidable ambientación.

Cuánto le debo a mi maestro y amigo, D. Juan José Sánchez Romero. Maestro, porque para todo contaba con nosotros, sus discípulos cofrades, y amigo, porque valoró mis inquietudes y depositó en mí gran confianza para colaborar en tan bonitas tareas, como son las exposiciones, las ambientaciones del pregón y cualquier acto donde tuviera que estar presente nuestra Semana Santa. Gracias de todo corazón, Juanjo, porque en los pregones, con mis decorados y teatrillos, me he sentido discípulo, cirineo, costalero, romano, Pilato y tantos personajes que me trasladaron a la auténtica Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, sintiéndome a la vez cofrade entre bambalinas de todas y cada una de las 12 cofradías de aquellos maravillosos años. Mi mayor satisfacción como nazareno es ser, por encima de todo, cofrade de la Semana de Pasión albaceteña.

Mi tiempo como hermano mayor de la Congregación-Cofradía llegó a su fin. Mi talante cofrade me llenaba más con las manos en la masa, o tirado por los escenarios, que con el traje y la corbata (con todo el respeto al protocolo adecuado para cada ocasión).

Es de agradecer a mi amigo, D. Jaime García, los años que, trabajando junto a mí, alivió una preocupación que me quitó muchas veces el sueño: la banda de cornetas y tambores. Después, como hermano mayor también, D. Jaime puso su grano de arena en la vida de la Congregación-Cofradía.

Si me pusiera a dar las gracias a tantos hermanos y amigos que han tocado mi corazón en esta historia cofrade, no terminaría esta noche de nombrar. A todos los pongo bajo el manto de la Virgen de las Angustias, para que los guarde para siempre.

Me siento agradecido también a D. José Valtueña, sacerdote, familiar, vecino, compañero de trabajo y amigo, por estar siempre a mi lado y al lado de Las Angustias, poniendo su empresa a nuestra disposición para realizar tareas de la hermandad y participar en las actividades, y locales donde, en situaciones difíciles, preparábamos los pasos para procesionar. Su paso como presidente de la Junta de Cofradías impulsó a las hermandades a participar más en la vida de la comunidad parroquial.

Gracias también a D. José Manuel Hernández. Son muchos años de amistad. Nuestro paso por Franciscanos, siendo catequistas, fortaleció el crecimiento en la fe. Tu amor al discípulo amado te condujo también para dirigir el timón de la barca cofrade.

Gracias de todo corazón a D. Antonio Martín Ruiz, presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa de Albacete, y a todos los componentes del pleno por contar conmigo para expresar el sentimiento de vida cofrade en este acto inolvidable para mí.

Una experiencia bonita y enriquecedora ha sido mi paso por el equipo diocesano de piedad popular, intercambiando opiniones que se unían en un sentimiento común: el amor por nuestras pasiones concentradas en un mismo corazón, el de nuestra fe, cultura y tradición.

Hoy vivo la alegría de ser cofrade y ver cumplido el objetivo principal para mí. Doy gracias a mi amigo y presidente de la Congregación-Cofradía, D. Eduardo García, a mis hermanos de junta directiva y a todos los cofrades por el trabajo incansable, que hace que la hermandad ocupe el lugar que merece en la vida de la Iglesia. Y estaré eternamente agradecido a todos los que han puesto su grano de arena para hacer que el sueño de aquel niño que empezó su historia de amor a la Virgen del Puente Madera se haya hecho realidad.

MI PASIÓN DE HOY

Desde el momento en el que supe que la imagen anunciadora del cartel de la Semana Santa albaceteña era Santa María Magdalena, sentí la necesidad de aceptar ser pregonero. Si mi compromiso cofrade y ciudadano de mi apasionada Albacete tenía ya suficiente encanto para mí, en lo más profundo de mi alma quedaba una cuenta pendiente con La Santa desde el año 1999. La madrugada de aquel 20 de marzo, mi padre tuvo que partir de este mundo y yo, como responsable de la decoración del pregón, tuve que dirigir por teléfono desde el tanatorio municipal la ambientación del acto.

Hoy, veinticuatro años después, tengo el honor de estar aquí y, por eso, quiero pregonar y vivir nuestra Semana de Pasión de la mano de la mujer que quedó marcada para siempre al escuchar al Hijo del carpintero de Nazaret en el Monte de las Bienaventuranzas. Las palabras de Jesús cambiaron la vida de La Magdalena, encendiendo en su corazón la llama del Amor verdadero, el Amor sin medida, el Amor de Jesús.

Seguramente, si hubiéramos presenciado el sermón de la montaña, nuestro compromiso cofrade hubiera reforzado nuestras redes para ser pescadores de hombres y mujeres en busca de remansos de fraternidad. A la barca de una cofradía subimos también almas que escondemos, debajo de una túnica y un capuz, situaciones complicadas que impiden sentirnos felices, pero a la luz de la fe iluminamos nuestro corazón, sintiéndonos del grupo de los Bienaventurados del Señor.

DOLORES DE PASIÓN

María Magdalena, fue impresionante descubrir, muy jovencillo, aquel crucificado que presidía la capilla del cementerio.

“La comunidad de la esperanza”, como yo le llamo y así transmito a los que pasan por allí, porque la primera vez entramos con lágrimas en los ojos y, al contemplar la Misericordia Divina en Jesús, salimos llenos de paz, teniendo la certeza de que, si El Salvador del mundo comparte el sueño de la muerte con los que duermen junto a Él, ¿cómo no va a contar con ellos el día de la resurrección? Es nuestra esperanza escuchar del Cristo de las Misericordias la frase "hoy estarás conmigo en el paraíso".

La Virgen ya va saliendo, Magdalena. Tú estuviste junto a Ella, y yo quiero acompañarla. Hoy vemos a La Amargura con una mano abrazada al madero de Dios-Hijo, y con la otra mano alzada intercede por el mundo, suplicándole a Dios-Padre.

EL PÓRTICO DE LA PASIÓN

Lo que me pide el corazón cada Domingo de Ramos es ir a Fátima. Aquel templo impresionante dedicado a la Madre de Dios, y al que todos los cofrades acudimos para abrir el pórtico de la Semana Santa. Allí contemplamos a Jesús, que nos traslada cada primavera a Jerusalén, saliendo a procesionar con la borriquilla por las calles de Albacete.

Te veo, Magdalena, junto a María del Mayor Dolor. Vuestros rostros reflejan la preocupación de esta entrada triunfal de Jesús. Por los arcos del patio de la iglesia preparamos una alfombra tejida con palmas, olivos y la fe popular, esperando la salida de Jesús para decirle: “BENDITO EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR”.

SEMILLAS DE PASIÓN

No tuve que pensar mucho para proponer a la junta directiva el nombre de la procesión infantil, que en 2003 añadíamos a nuestros desfiles procesionales. Sin dudar, para mí, el pasaje del Evangelio de Jesús con los niños contiene la mejor enseñanza para acercarlos al mundo cofrade, y así enseñarles el mensaje de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor.

"DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ".

La mirada dulce de las imágenes en los tronos infantiles nos muestra la ilusión, la sensibilidad y la ternura con que se maravillan los niños, siendo capaces de transformar en sonrisa cualquier situación, aunque tengan lágrimas en los ojos.

Los pequeños también nos enseñan que son capaces de distinguir lo que está bien o mal, diciendo siempre la verdad.

En esta procesión, son los niños los transmisores de la fe a sus padres y abuelos, que muchos ya la tenían aparcada en el rincón del olvido.

LA PASIÓN DEL ALMA

Le contaba a María Magdalena que parecía que la procesión de Martes Santo no terminaba de cuajar en Albacete. Muy extrañada, me decía que, para Ella, Getsemaní fue como examinarse de nuevo en la asignatura del amor, porque en sus propias carnes sufrió el dolor de los pecados y el milagro de la reconciliación.

Pensándolo bien, los ojos de las imágenes de Jesús en este día me atraviesan las entrañas como puñales. Son ojos de amigo traicionado, de amor sin límites, que gritan: "A pesar de todo, te sigo queriendo". Esa mirada del Maestro me recuerda sus palabras: "El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra".

La Magdalena ha tenido que invitarme a frenar el ritmo, y a acelerar un poco el latido del corazón, para hacer de esta procesión un itinerario hasta el interior de mi alma.

Podríamos comenzar nuestra oración en el huerto con Jesús, diciéndole: "Señor, he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión".

El paso de Ntro. Padre Jesús en la oración nos recuerda nuestras dudas: es más fácil cerrar los ojos, o incluso desviar el pensamiento, para no sufrir la pasión del alma del que sufre.

No quisiera verme nunca en el pellejo de Judas Iscariote. Cuántos besos disfrazando los engaños...Cuántos suicidios, María Magdalena, por la desesperación, traicionándonos también a nosotros mismos.

Cuántas veces la boca nos delata con palabras cobardes, negando la verdad por miedo o interés. El cruce de miradas de Pedro, buscando el perdón, y de Jesús, ofreciendo la reconciliación, nos regalan la mayor enseñanza para aprobar el examen del amor.

La omisión, un mal silencioso que puede llevar a condenas injustas por lavarnos las manos como Pilato, transformando el agua transparente de la verdad en cieno, y secándonos con la toalla de la indiferencia.

Me dejas sin palabras, María. Se trata de una procesión que nos pone a escarbar en el rincón del alma. Es la agonía del alma de Jesús, que también es nuestra propia pasión.

El Apóstol Santiago nos anima en nuestro peregrinar diario y la Virgen dolorosa seca las lágrimas de nuestro dolor de corazón.

LA CAUSA DE TU PASIÓN

El credo, refiriéndose a la pasión de Cristo, dice: "Por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato".

La expresión "por nuestra" quiere decir "por nosotros". Todos somos responsables. Fue condenado por ti, y también por mí.

Veo la espalda de Cristo como un puzle en el que no encajan las piezas por la cruel flagelación. Viendo la boca entreabierta de este Jesús, que sale a la calle cada Miércoles Santo, hablándonos en silencio: "Por vosotros acepto mi pasión, pues se trata de vuestra salvación". Siento el látigo volverse en contra de mí, por quejarme de las cicatrices que aparecen en mi vida, la misma vida que Cristo entrega por mí.

Comparto contigo, Magdalena, una experiencia que quedará para la historia. Las espinas del estado de alarma nos hirieron de miedo al grupo de montaje de la Junta de Cofradías, pero, sobre todo, nos coronaron de amor hacia este Cristo olvidado en el museo municipal. Te confieso, María, que fue un olvido intencionado. Al tener que desmontar urgente la exposición "Camino de la cruz", se quedó allí esta preciosa imagen. Por supuesto, con el permiso de su cofradía. La situación de pandemia se complicaba, y el museo había que desalojarlo rápido. Nos vino al pensamiento que, si hubiese sido necesario improvisar un hospital de campaña, la presencia de la imagen allí hubiera coronado de luz y de esperanza a quien lo hubiera necesitado debajo de aquel techo.

ECCE-HOMO. No quedan satisfechos con dejarlo destrozado, que le cubren su cuerpo con una vestimenta como de rey. Entre risas y burlas, Magdalena, los soldados ignoran la realeza de Cristo, pero tú sabes que tienen frente a ellos al único Rey de Reyes.

Hermanos cofrades: que, al vestirnos con el hábito de nazareno, nos preocupe más revestirnos de humildad para ser auténticos testigos de la verdad del Reinado de Jesús.

Llega el momento para Jesús de unirse a la compañera inseparable de camino: LA CRUZ. "Contemplad la Misericordia", un lema muy conmovedor para el encuentro diocesano de piedad popular en Liétor, en el año de la Misericordia. En la noche de la pasión albaceteña, el Cristo abraza la cruz con una mano, extendiéndonos la otra mano para acoger nuestras cruces y fundirlas como astillas junto a la suya con el fuego del Amor.

Una noche, en la escuadrilla de instrucción de la base aérea, sentí la necesidad de ofrecer a Ntro. Padre Jesús Nazareno acompañarlo con una cruz cargado en la procesión. Circunstancias que guardo en mi corazón impidieron que pudiera seguirlo cargado con un madero a cuestas. Tú sabes bien, María Magdalena, los sacrificios que agradan al Nazareno. Tomé en brazos un año a mi sobrino pequeño y comencé la procesión. Mirando las manos de Ntro. Padre Jesús, cargado con su larga cruz, me sentía su cirineo, mientras en mi alma resonaban las palabras del Maestro: "MISERICORDIA QUIERO, Y NO SACRIFICIOS".

La Virgen de Misericordia, Amor y Perdón tiene la valentía para acompañar a su Hijo, e incluso Ella cargaría por Él la Cruz. La Madre de Jesús, por encima de su dolor, mira con amor ofreciendo su perdón a los causantes de la pasión de su Hijo, alcanzándonos también a los seguidores de hoy, que esperamos de Ella que vuelva a nosotros esos sus ojos misericordiosos.

Mira, Magdalena, a San Juan, el discípulo amado de Jesús, muy querido también por esta tierra manchega. Con su palma, el Evangelio en la mano y la mirada fija en la Cruz, el amigo fiel nunca falla, pues recibe a la Virgen María, acogiéndola como un hijo y también como madre nuestra. San Juan, que todo lo vio y creyó, es testigo del Redentor.

El camino de la cruz avanza. Ntro. Padre Jesús de La Pasión en su Caída tiene algo que decirnos, cofrades. Me dice la Magdalena que Cristo parece estar conectado en oración con El Padre. Quizás olvidado de sus fatigas y sufrimientos, pide por toda la humanidad para que, cuando tropecemos o caigamos, elevemos nuestra mirada al cielo, sintiendo el brazo poderoso de Dios, que nos ayuda a levantarnos de nuevo.

La Virgen, camino del Calvario, se detiene para hablarnos al oído, diciéndonos: “Procesionar es caminar y, a la vez, allanar el camino con el corazón lleno de amor”.

La calle que conduce al Calvario está llena de piedras amasadas con odio, piedras lanzadas para destruir el mensaje de Jesús. Se repite la escena que intentaron hacer contigo, Magdalena. Jesús, el único que podía juzgarte, es el que te defendió. Ahora Tú, como piedra pulida con el perdón del Maestro, le devuelves el gesto lanzándole lágrimas de compasión.

Lo que te voy a contar, Magdalena, te sonará familiar, porque Tú lo has vivido junto a María en su Amargura.

Me emociona recordar sus manos y sus pies clavados en la cruz, y sus ojos clavados en mi alma. El reflejo de las velas de cera natural del velero de la capilla le daba vida a la mirada de mi Cristo, al fijarme en su cara agonizante.

Ese Jesús del cantar de la saeta me ayudaba a levantarme en mis días nublados. Soy Angustioso por la promesa que hice a mi Virgen de las Angustias, pero la imagen de devoción a la que siempre me agarro como un clavo ardiendo, a la que nunca he podido decirle “¿por qué me has abandonado?”, es Él: mi Stmo. Cristo de la Agonía.

EL ROSTRO DE LA PASIÓN

Una bella imagen se abre paso entre la multitud, una mujer coraje: la Verónica. Por el Altozano también llegan La Dolorosa y San Juan, poniendo luz en medio de la plaza, donde aparece Ntro. Padre Jesús Nazareno.

Qué presentes tienes, Magdalena, las palabras del Maestro en el sermón de la montaña: "Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

Dicen que la cara es el espejo del alma, pero, en el caso del Nazareno en la pasión, no es así. Su rostro está ensangrentado, pero su corazón permanece inmaculado. La Verónica puede comprobar con su gesto de buen corazón que, conforme limpia el rostro destrozado de Jesús, se cumple la Bienaventuranza, porque sus ojos están viendo al mismo Dios.

PRESO DE TU PASIÓN

Cómo recuerdo mi Primera Comunión en Franciscanos. Deseaba bajar de las aulas de catequesis para visitar la capilla del hombre moreno de los ojos cristalinos y la melena rizada. ¿Sabes, Magdalena? Con siete años me costaba reconocer a un Rey con una corona de pinchos, y con las manos atadas como un esclavo. Me sentaba en bancos diferentes y no paraba de mirarme. La respuesta la supe después de un periodo de intriga y curiosidad, que me llevo junto a mi hermano, varios años y muy pequeños, a procesionar el Día del Amor Fraternal, acompañando a mi Cristo de Medinaceli.

HASTA EL FINAL DE LA PASIÓN

Ahora te veo, Magdalena, en la cima del Calvario. Con la mirada, el silencio y algún llanto, os lo decís todo. La sagrada conversación se comprende con el lenguaje de las lágrimas.

Quiero unirme a vosotros también con el peso de mi cruz. A veces tropiezo dominado por la debilidad, y la paz se aleja de mi corazón. No hace mucho tiempo me desahogaba diciendo: "No sé hasta cuándo tendría que llevar mi cruz". Se acercó D. Julián y me orientó: "Hasta el final, Pepe". Palabras que calmaron mi ánimo apagado y me hicieron pensar en mi falta de fe.

Qué presentes tengo las palabras que te dirigió Jesús a ti, Magdalena: "Tu fe te ha salvado".

El Stmo. Cristo de la Agonía nos ayuda a fortalecer la fe para levantarnos de nuevo y llegar hasta el final.

PASIÓN CUMPLIDA

En la cruz se funde el abrazo entre Dios y el hombre, lo divino y lo humano, el pecado y la reconciliación, la muerte y la vida.

“TODO ESTA CUMPLIDO”

A escuchar estas palabras de Jesús, la soledad se adueña de la Virgen. La profecía del anciano Simeón se cumple en el corazón de María, al no poder ofrecerle un poco de agua a su Hijo. El tormento de la cruz le produce una terrible sed cuando se le acerca el momento de su expiración y dice: “Tengo sed”. Como madre, también se le seca el alma por la falta del agua de la justicia.

El barrio del Pilar, con su templo en oración, contempla al Cristo de la Expiración, y los cofrades de verdad acompañan a la Virgen de la Soledad.

ESPERANZA DE PASIÓN

La esperanza es lo último que se pierde, pero me cuesta, Magdalena. Mi fe confiada en el Rey, rodeado de gloria en su Reino Celestial, me desconcierta al ver al Maestro teniendo una cruz por trono y unas espinas por corona.

Te agradezco, Magdalena, la luz que pones en mis dudas al recordarme las palabras que dedica Jesús a su madre: "Ahí tienes a tu hijo". Cristo es el grano caído que da fruto ya en el árbol de la cruz y, en medio del dolor en la noche, la esperanza florece al pedir a su madre que nos a adopte a todos como hijos.

PASIÓN CONSUELO

En la Parroquia de la Purísima Concepción fui bautizado. Me siento orgulloso de formar parte de la familia cristiana allí, donde cada Jueves Santo la empinada cuesta de San Agustín se transforma en la calle de la amargura, y la Plaza de las Carretas en el monte Calvario, al contemplar al Cristo del Consuelo en el silencio de la noche. Allí también revivo un recuerdo muy amargo. Lo comentaba con la Magdalena, mi amiga y confidente de esta Semana Santa.

Hubiera dado lo que fuera por calmar el dolor de un ser muy querido para mí. Cargué una cruz y viví la experiencia única en esta procesión. La recomiendo. El Cristo, la cruz y yo, la Luna de testigo y el sonido de las horquillas situándome en mi calvario personal, con la vida auestas. Momento mágico, en el que en medio del silencio muere el hombre, y en el corazón nace el consuelo de Jesús.

TESTAMENTO DE PASIÓN

Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca. Como cordero fue llevado al matadero. Sin embargo, Magdalena, cuando sus ojos se apagan y su boca se seca, rompe su silencio y nos dicta una eterna lección de amor en siete palabras, siendo la víctima y, además, el abogado defensor: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

La espada del dolor ahora sí que traspasa el alma de la Virgen Dolorosa. Después de treinta y tres años, responde de nuevo al Padre: "Hágase tu voluntad", entregándole el fruto de la semilla que germinó en su vientre.

El Cristo de las Misericordias ha sido el siervo de Yahvé que ha cumplido la voluntad de Dios y, a la vez, es el hijo amado del Padre. Por eso, la última palabra se la dirige a Él: "A tus manos encomiendo mi Espíritu".

SILENCIO DE PASIÓN

Qué hermosura de mujer. La cara desencajada de María Magdalena no pierde belleza a pesar del cansancio. Me decía, con un nudo en la garganta, que al levantar la vista a la cruz veía los brazos abiertos del Cristo del Consuelo, como queriendo abrazar el universo.

Entre las doce del mediodía y las tres de la tarde del Viernes Santo, las estaciones del viacrucis nos invitan a permanecer a la escucha de Jesús, que, en silencio, nos pide rezar junto a Él la oración preferida al Padre Dios: "Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden".

PASIÓN REDENTORA

¡VERDADERAMENTE, ESTE ERA HIJO DE DIOS!

Comenzar la procesión del Santo Entierro fijando la mirada en el Santísimo Cristo de la Sagrada Lanzada es exprimir el sentido de la Cruz, sabiendo que Jesús nos ha amado hasta el extremo del amor. La sangre y el agua nos conducen como un río caudaloso de perdón, del que corre el agua viva que nos lleva a la otra orilla, a la Salvación.

¡VICTORIA TÚ REINARÁS! ¡OH, CRUZ, TÚ NOS SALVARÁS!

Antes de bajar el cuerpo de Jesús de la cruz, es momento de rendir homenaje al madero, que marca nuestra identidad como cristianos. La señal de la Santa Cruz es protección y bendición. Es luz y, por tanto, vida.

Con la imagen del Santísimo Cristo de la Esperanza despedimos un año más a la Cruz. En ella, dejamos también nuestras cruces cotidianas y preparamos un sepulcro renovado en nuestro corazón para que descanse Jesús.

La devoción a la Virgen Macarena me llevó a frecuentar la Parroquia de San Francisco. Poco a poco, empecé a conocer la vida del pobrecillo de Asís. Su estilo humilde y sencillo caló en mí, cambiando la manera apagada de seguir a Jesús por un talante más ilusionado para vivir la alegría del Evangelio.

¿Sabes, Magdalena? En una época bonita, llena de dudas acerca de una vocación a la vida religiosa, pero con ayuda espiritual, descubrí que se trataba, más bien, de una situación de huida y de búsqueda. Te confieso, amiga, que la pregunta que me hacía (“¿Señor, qué quieres que haga?”) me quitó bastante tiempo el sueño.

Bajo el amparo de María de la Esperanza, empecé a creer en mí, sintiéndome seguro para cumplir mi labor aquí, en mi tierra y con mis gentes.

Te abres paso, Magdalena, para rendirte a los pies de Jesucristo. Enredas tus cabellos entre los pies del Redentor para recoger su sangre, derramada por amor.

Hermanos músicos cofrades: tocad, tocad más fuerte ahora. No se puede resistir escuchar los golpes del martillo quitándole los clavos a Jesús. Tocad, tocad, que este paso compromete a todas las cofradías a quitar clavos y espinas a quien sufre cada día; a ser puente o escalera para encontrar o llegar al que se pierde en la vida.

Ntra. Sra. de la Piedad sujeta fuertemente el cuerpo de Jesús. Una vez más, María, la Virgen, expuesta a la piedad de las buenas gentes que la acompañan. Ellos, con un gesto cómplice, se miran buscando el momento de separar a Jesús de su madre.

Podemos contemplar en este paso el dulce llanto de los angelitos, que consuelan a la Virgen de la Piedad.

Es impresionante observar la cara de Jesús en el trono del Santo Sepulcro. La mayoría nos hemos encontrado cara a cara con el rostro de la muerte, despidiendo a algún ser querido. Para mí, esa experiencia ha confirmado la fe en la resurrección esperada. En las situaciones en las que no me ha quedado más remedio que abrir la puerta a la hermana muerte, he descubierto que tanto amor no puede quedar en una tumba. "EL AMOR NO PASA NUNCA".

Es Viernes Santo. Cae la noche. Mantillas, peinetas, rosarios y cirios. Lágrimas en las esquinas escuchando una saeta cuando pasa Las Angustias tan triste y desconsolada.

Tiene por palio la Luna llena, y el mirarla causa asombro al ver su cara de pena.

Miro a la Madre de Jesús acunándolo en sus brazos y pienso en la angustia de tantas madres que pierden el tesoro más valioso: su hijo.

Nunca olvidaré las palabras del obispo D. Victorio en la catedral junto a la Virgen de la Amargura. Siendo yo muy joven, me preguntó que cómo se

llamaba esta imagen de María. Con el tiempo pensé que, además de interesarse por la belleza de la Virgen, seguramente quería conocer la fe de aquel chaval que veía frecuentar las capillas.

Tengo que agradecer a los obispos, consiliarios de mi hermandad y demás sacerdotes por el apoyo y confianza en mí, por contar con este cofrade para colaborar en tareas importantes parroquiales y de la diócesis.

Los cofrades debemos estar a la escucha para el crecimiento en la fe y no quedarnos solamente en la devoción a nuestras imágenes.

La Virgen de la Amargura nos indica la señal a seguir, abrazando su cruz, la tuya y la mía.

¡Ay, Magdalena! En el atardecer del viernes más oscuro, mirar el Cuerpo Yacente de Ntro. Señor hace que la luz que encendía tu fe, tiempo atrás, brille hoy con menos intensidad, pareciendo que se apaga.

Pero no, tú sabes bien de sufrimientos y, por eso, en esta situación tan complicada no puedes rendirte sumergida en el dolor.

Con la valentía de una mujer renovada y abrasada por el fuego del Divino Amor, rasgas tus vestiduras para utilizarlas de vendas y sudario, y ofreces tus largos cabellos de toalla, disponiéndote para solucionar.

Por primera vez me animé a ser costalero. El pregón se adelantó, como siempre, a la Semana de Pasión. Impresionante decorado, donde representamos una procesión dentro del auditorio. El paso de palio de Ntra. Sra. del Mayor Dolor apareció en el escenario. Tuve el privilegio de llevarla junto a sus costaleros. La experiencia vivida fue un regalo inolvidable para mí, porque era la primera vez que portaba una imagen. La acogida de la Cofradía de Ntra. Sra. del Mayor Dolor hizo que, en el auditorio municipal, sintiera la emoción de vivir ese año, por adelantado, el amor de Viernes Santo junto a la Reina de Fátima, Ntra. Sra. del Mayor Dolor.

Al envolver el Cuerpo Yacente de Jesús en una sábana, tu corazón, Magdalena, también ha quedado envuelto en silencio.

El Dios que, por nuestra salvación, bajó del cielo se hizo hombre, y por nuestra causa ha sido crucificado. Ahora tiene que ser sepultado y pasar por el umbral del sepulcro para que nosotros no nos sintamos abandonados a la esclavitud de la muerte.

Músicos, nazarenos, manolas, costaleros, penitentes: abrid los oídos del alma, que tocan a difunto las campanillas de San Juan. El amigo fiel de Jesucristo ha dejado en el sepulcro también parte de su vida. Cuando conocemos la amistad verdadera, esa que no pide nunca explicaciones, esa amistad tan pura que, por mucho tiempo que pase, permanece como el primer día —¿verdad, Galietero?—, la oscuridad del sepulcro no puede apagarla, porque la luz de un amigo brilla para siempre.

Cómo siento que se acabe, Magdalena. Ha sido muy enriquecedor vivir mi pasión junto a ti. Veo venir a la Virgen y, en pocos minutos, me quedaré con la pena, igual que cuando era pequeño, que con la Soledad terminaba aquella mágica procesión por la calle Tejares.

Las visitas a esta hermosa parroquia, donde espera la Virgen, son necesarias en mi vida. Aunque me siento muy querido, la soledad es mi compañera inseparable de camino. Me ha tenido que recordar la Magdalena que parece que el corazón de las madres late al compás del corazón de sus hijos.

Por las calles de Albacete viene desangrándose el Inmaculado Corazón de la Virgen de la Soledad, porque ha dejado de latir el Sagrado Corazón de su Hijo Jesús, y ya duerme en el sepulcro.

GLORIA DE PASIÓN

Después de la tormenta llega la calma. El silencio envuelve el Sábado Santo. Albacete despide al Stmo. Cristo de las Misericordias. Los pajarillos se adelantan al cementerio y, cantando entre los cipreses, anuncian la llegada del Señor. Atrás quedan los días vividos desde el Viernes de Dolores. Este Jesús de vivos y difuntos, que da luz y esperanza, vuelve al retablo de la capilla del campo Santo.

La Virgen María, en este día, combate su amargura con el amor. Ella, como primera discípula de Jesús, procesiona para llevar la esperanza a todos aquellos que El Maestro les ofrecía la herencia de Su Reino.

A la Madre de Jesús, ser la esclava del Señor le comprometió a derramar muchas lágrimas calladas, pero, a pesar de su dolor, fue mansa, pacífica, misericordiosa. Ella es la verdadera bienaventurada, y por eso la felicitaremos todas las generaciones.

EL TRIUNFO DE LA PASIÓN. "ALELUYA"

La Virgen del Mayor Dolor, como una niña ilusionada, espera el nuevo amanecer. Con el alba llegará ese tercer día anunciado por Jesús. Su fe está en manos de su Dios. Si El Altísimo nunca la ha abandonado, ahora que lo necesita más que nunca, no puede hacerlo. Ella presiente que algo grande está a punto de suceder.

Necesito verte ahora, Magdalena, porque mi fe se apaga. Ha sido bonito vivir la pasión junto a ti, pero me parezco demasiado a Tomás: sino veo, no creo. Es el tercer día y ya es hora de colgar la túnica. No te veo por ninguna parte, seguro que tú también has abandonado.

Me ha llamado la atención el alboroto de tantos nazarenos de todos los colores, y he tenido que volver la cabeza. Venías bailando y en andas, y se apreciaban sonrisas y lágrimas en tu rostro iluminado.

¿Qué has visto en la mañana, Magdalena? ¿Qué ha cambiado por alegría tu pena?

Dime, María. Estoy viendo los cofrades, con cabeza descubierta y, en vez de piedras y amenazas, lanzan caramelos y sonrisas.

¿Qué has visto, Magdalena, en la mañana? Que Albacete grita a la vida, y los cofrades se abrazan.

Dime, Magdalena: ¿qué has visto al llegar al sepulcro?

Con lágrimas en los ojos, dice María Magdalena, la piedra estaba corrida y al Señor se lo han llevado.

El jardinero me ha preguntado: “¿A quién buscas? ¿Por qué lloras?”. “A mi Maestro”, le he contestado.

“María, Él me ha llamado y yo lo he reconocido, radiante de luz y de vida. Ha aparecido Jesús el Resucitado”.

“¡Qué suerte has tenido, María! Tú has sido la primera en ver a Jesús resucitado. A ti se ha aparecido, a aquella mujer pecadora que todos querían apedrear y, sin embargo, ahora, todos podemos envidiarte”.

Dejó bien claro El Maestro en el sermón de la montaña quiénes serían los herederos de Su Reino.

Hermanos y hermanas, Jesús de Nazaret nos pide amarnos unos a otros como Él nos ha amado, nos invita a ser sus testigos y nos llama a todos y cada uno de nosotros por nuestro nombre, diciéndonos: “TU FE TE HA SALVADO”.

FELIZ SEMANA SANTA.